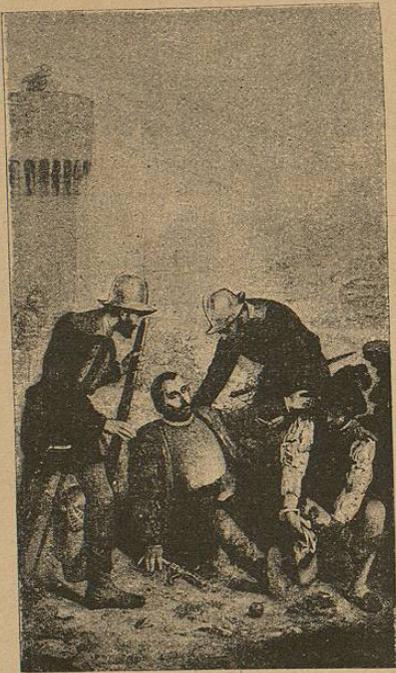


En lo que no cabe duda es en lo relativo á todo el piso superior de la Santa Casa, considerado por los contemporáneos de San Ignacio, por sus historiadores y por una no interrumpida tradicion, como el sitio en que empezó su conversion, y en donde el cielo manifestó con singulares fa-



San Ignacio herido.

vores y prodigios, que estaba allí labrando una de las figuras más gigantescas que se han levantado de la tierra. Trasladándonos con el recuerdo á los fines de Mayo ó primeros dias de Junio de 1521, veamos cómo bajan de una litera delante de la antiquísima puerta del castillo de Loyola que hoy subsiste, y cómo suben con grandísimo tiento en hombros hasta este piso á un jóven militar herido, con ambas piernas rotas. Aquel herido es Iñigo de Loyola. Los que le sostienen son soldados franceses que acaban de apoderarse de Pamplona, y que prendados, aunque enemigos, de la bizarría con que Ignacio habia defendido la ciudadela, le hicieron en su campamento, lo mejor que se pudo, las primeras curas; y despues, en medio de los indecibles tormentos que se dejan entender, por aquellos caminos de aquellos tiempos, le condujeron á su casa solar.

vores y prodigios, que estaba allí labrando una de las figuras más gigantescas que se han levantado de la tierra.

Trasladándonos con el recuerdo á los fines de Mayo ó primeros dias de Junio de 1521, veamos cómo bajan de una litera delante de la antiquísima puerta del castillo de Loyola que hoy subsiste, y cómo suben con grandísimo tiento en hombros hasta este piso á un jóven militar herido, con ambas piernas rotas. Aquel herido es Iñigo de Loyola. Los que le sostienen son

En la misma cámara, que hoy está transformada en santuario donde se digna morar real y verdaderamente Cristo Jesus en el Santísimo Sacramento del altar, tuvieron lugar las dolorosísimas operaciones de descasar, como dice Rivadeneira, los huesos, ó mal unidos por los primeros cirujanos, ó desencajados durante el áspero camino, y volverlos á su lugar; aunque dejando por segunda vez tal imperfeccion y fealdad, que Ignacio no vaciló en sufrir una tercera y más dolorosa amputacion, á fin de «poder traer una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba,» porque «era entónces Ignacio mozo lozano y polido, y muy amigo de galas y de tratarse bien.»

Aquí mostró que era tan valiente en el campo de batalla como en el lecho del dolor, pues ni una queja exhaló durante tan repetidas carnicerías como en él hicieron y tormentos á que le sujetaron; la única señal que á veces daba de su dolor, era apretar con vehemencia los puños.

Mostróse en esta sazón buen cristiano y hombre de arraigada fe, como lo eran los caballeros de entónces; pues estando á punto de muerte de resultas de sus heridas, aquí se confesó y recibió los últimos Sacramentos: ya todos le lloraban por muerto en la noche víspera de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, cuando quiso el Señor que por los ruegos de su primer Vicario en la tierra, volviese á la vida y recobrase poco á poco la salud del cuerpo, y empezara la renovacion prodigiosa de su alma.

Dejemos la palabra al castizo P. Rivadeneira, entresacando de entre el sabroso relato de su *Vida de San Ignacio*, algo de lo que se refiere á su estancia en estos aposentos.

«Era en este tiempo muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías, y para pasar el tiempo, que con la cama y enfermedad se le hacia largo y enfadoso, pidió que le trujesen algun libro desta vanidad. Quiso Dios que no hubiese ninguno en casa, sino otros de cosas espirituales

que le ofrecieron; los cuales él aceptó, más por entretenerse en ellos, que no por gusto y devoción. Trujéronle dos libros, uno de la *Vida de Cristo Nuestro Señor*, y otro de vidas de Santos, que comunmente llaman *Flos Sanctorum*. Comenzó á leer en ellas al principio (como dije) por su pasatiempo, despues poco á poco por afición y gusto; porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto más se tratan, más sabrosas son. Y no solamente comenzó á gustar, mas también á trocarsele el corazón, y á querer imitar y obrar lo que leía.»

De esta atenta lección y del forzoso apartamiento del mundo en que se hallaba, comenzó el primer conocimiento que Nuestro Señor le comunicó de sí y de sus cosas; del cual, acrecentado con la propia experiencia y con nuevos resplandores y visitaciones del cielo, salieron despues como de su fuente todos los avisos y reglas que el B. Padre en sus Ejercicios nos dió, para conocer y entender la diversidad que hay entre el espíritu verdadero de Dios y el engañoso del mundo.

Ignacio, pues, empezó á notar en sí los combates que tan magistralmente dejó despues consignados en el *discernimiento de espíritus* de sus Ejercicios, y legó como preciosa herencia á sus hijos, para tanto bien de innumerables almas.

Despues de uno de estos combates espirituales, «estando puesto de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora y ofreciéndose con humildad y fervorosa confianza por medio de la gloriosa Madre al piadoso y amoroso Hijo, fué cuando toda la casa retembló con espantoso estallido,» como si el espíritu infernal hubiese deseado hundir el castillo y sepultar entre sus ruinas al que tanta y tan incesante guerra le habia de hacer.

De otro insigne favor recibido en este mismo paraje habla así Rivadeneira: «Estando Ignacio velando una noche, le apareció la esclarecida y soberana Reina de los ángeles,

que traía en brazos á su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su claridad le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta visión; lo cual causó en él tan grande aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y deshonesto deleite, que parecía que quitaban y raían de su ánima, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vió que no fué sueño, sino verdadera y provechosa esta visitación divina; pues con ella le infundió el Señor tanta gracia, y le trocó de manera, que desde aquel punto hasta el último de su vida guardó la limpieza y castidad sin mancilla, con grande entereza y puridad de su ánima.»

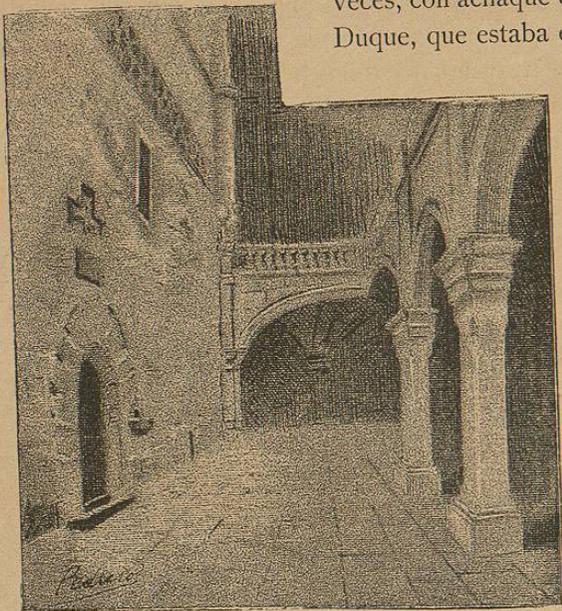
Durante su convalecencia se entretenía en compendiar y anotar con gran esmero en un libro de unas trescientas hojas, lo que más le movía en sus lecturas espirituales; y como en señal de amor y respeto, miniaba con color rojo los nombres de Cristo, y con azul los de María.

Pero lo que más consolaba su espíritu en este tiempo de su convalecencia, era la contemplación del cielo y las estrellas. Estaba absorto con tal vista muchas veces y por largo espacio, porque segun le manifestó despues al P. Luis Gonzalez de la Cámara, «experimentaba por esta causa grandes como conatos ó ímpetus de servir á Dios.»

«Y fué tanta la costumbre que hizo en esto — dice Rivadeneira — que aún le duró despues por toda la vida; porque muchos años despues siendo ya viejo, le vi yo estando en alguna azotea, ó en algun lugar eminente y alto, de donde se descubria nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él; y á cabo de rato que habia estado como hombre arrobado y suspenso y que volvía en sí, se enternecia; y saltándosele las lágrimas de los ojos por el deleite grande que sentía su corazón, le oía decir: ¡Ah cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo!»

Al tratar de su salida de Loyola se expresa así el mismo historiador:

«Había ya cobrado razonable salud, y porque la casa de Loyola era muy de atrás allegada y dependiente de la del Duque de Nájera, y el mismo Duque le había enviado á visitar en su enfermedad algunas veces, con achaque de visitar al Duque, que estaba en Navarre-



Pórtico.—Entrada á la Santa Casa.

te y cumplir con la obligacion en que le habiapuesto, pero verdaderamente por salir como otro Abraham de su casa y de entre sus deudos y conocidos, se puso á punto para ir camino.

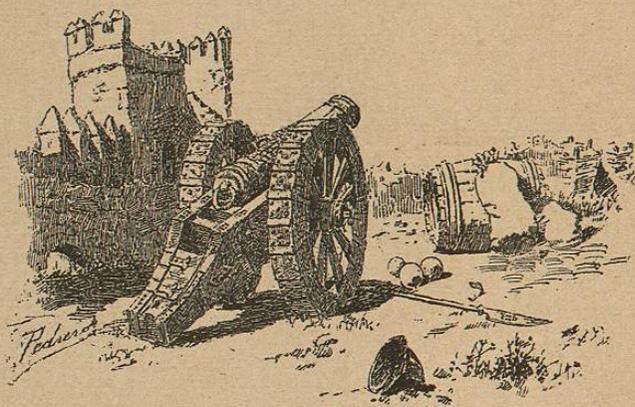
Olió el negocio Martin García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina; y llamando aparte á Ignacio en un aposento, comenzó con todo el artificio y buen término que supo, á impedirle y rogarle muy ahincadamente que mirase bien lo que hacia, y no se echase á perder á él y á los suyos; mas que considerase cuán bien entablado tenía su negocio, y cuánto camino tenia andado para alcanzar honra y provecho, y que sobre tales principios y tales

cimientos podria edificar cualquiera grande obra, que las esperanzas ciertas de su valor é industria á todos prometian. «Todas las cosas, dice, en vos, hermano mio, son grandes; el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza y favor y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de la guerra, el aviso y prudencia, vuestra edad, que está ahora en la flor de su juventud, y una expectacion increíble fundada en estas cosas que he dicho, que todos tienen de vos. Pues ¿cómo quereis vos por un antojo vuestro, engañar nuestras esperanzas tan macizas y verdaderas, y dejarnos burlados á todos, despojar y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras victorias, y de los ornamentos y premios que de vuestros trabajos se le han de seguir? Yo en una sola cosa os hago ventaja, que es en haber nacido primero que vos, y ser vuestro hermano mayor; pero en todo lo demás yo reconozco que vais adelante. Mirad (yo os ruego, hermano mio, más querido que mi vida) lo que haceis, y no os arrojéis á cosa que no sólo nos quite lo que de vos esperamos, sino tambien amancille nuestro linaje con perpétua infamia y deshonra.

»Oyó su razonamiento Ignacio, y como habia otro que le hablaba con más fuerza y eficacia al corazon, respondió á su hermano con pocas palabras, diciendo que él miraria por sí, y se acordaria que habia nacido de buenos y que le prometia de no hacer cosa que fuese en deshonra de su casa. Y con estas pocas palabras, aunque no satisfizo al hermano, apartóle y sacudióle de sí, y púsose en camino acompañado de dos criados; los cuales poco despues despidió, dándoles de lo que llevaba.»

Remitimos á nuestros lectores á la lectura de algunos historiadores de San Ignacio que tratan más por extenso de lo acaecido en Loyola en 1521 y 1522, de su partida en direccion á Nuestra Señora de Monserrat, deteniéndose

primero brevisísimamente en Nuestra Señora de Aránzazu, en Oñate y en Navarrete; y circunscribiremos nuestro relato á la segunda época de su vida, en donde si no encontramos tantas huellas de su paso como quisieramos en la Santa Casa, las encontramos al ménos en su país natal.



IV

LOYOLA HASTA 1681

Dios quiso conservar la vida de D. Martín García de Loyola (1), para que tuviese la dicha de volver á ver á su querido hermano menor, trece años despues de su partida, á los principios de 1522, y de volverle á ver hecho un prodigio de santidad.

El doble objeto de recobrar en los aires natales su salud, quebrantadísima á fuerza de penitencias y trabajos, y de concluir ciertos negocios de hacienda que tenían pendientes en sus respectivas casas Javier, Lainez y Salmeron, sus primeros compañeros, obligó á Ignacio, muy á pesar suyo, á

(1) Apéndice III.